



***HOMENAJE A DON MANUEL
ALVAR***

Estimados socios:

Queremos que el homenaje a D. Manuel Alvar en nuestra página tenga carácter permanente. Para ello, les invitamos a que envíen su propio texto, que se incluirá en esta sección.

El funcionamiento es muy sencillo. Escriban lo que deseen y envíenlo como correo electrónico al administrador de esta página (juan.sanchez@unine.ch), indicando simplemente en el asunto "Homenaje a Alvar". Su texto aparecerá publicado en breve.

D. MANUEL ALVAR

Rafael Cano Aguilar (Universidad de Sevilla)
Secretario de la Asociación de Historia de la Lengua Española

Hoy, 13 de septiembre, hace ya un mes que Don Manuel Alvar, nuestro Presidente, se fue. Su enfermedad se había agravado en los últimos tiempos, y lamentablemente la naturaleza, el destino, no le habían dejado otra opción. En este desgraciado año de 2001, año de tragedias sin nombre, la Filología española, la cultura hispánica, nuestra Asociación, han perdido a su primer y a su último Presidentes. Antes que ellos, Alarcos, el entrañable Don Emilio, también nos había dejado. Toda una generación de maestros se va, dejándonos más huérfanos en nuestra actividad científica, sin referentes vivos en nuestro quehacer diario. Están sus obras, sí, pero el contacto directo, la pregunta, el escuchar embelesados ya no serán posibles.

No tiene mucho sentido que desarrolle ante los miembros de la Asociación de Historia de la Lengua Española la trayectoria científica de Manuel Alvar. Todos la conocemos, todos hemos estudiado en sus obras, todos hemos admirado siempre su inmensa capacidad de trabajo, gracias a la cual no parece exagerado afirmar que toda la geografía y la historia de nuestro idioma estaba en su cabeza. Nos ha dejado trabajos que siempre serán un punto de partida inexcusable para quien quiera seguir, por ejemplo, la rica multiplicidad de las hablas andaluzas, el hervor del español en América, el medieval mester de los clérigos o la creación poética de Antonio Machado o Jorge Guillén. La simple enumeración de sus trabajos es todo un programa, un programa inabarcable para la mayoría, de Filología española. Y son muchos los campos de nuestra Filología en donde no se puede dar un paso sin citarlo.

La Universidad, española, americana, europea o asiática, había reconocido ampliamente sus méritos. Enseñó y fue investido como doctor honoris causa en una larga serie de ellas. También la sociedad no universitaria, mucho más lenta a la hora de admitir la valía de los sabios, de los investigadores que parecen vivir un poco al margen de las noticias de candente actualidad, había acabado incluyéndolo en la nómina de sabios respetables y respetados, a quienes, por fin, se concedían los honores tan merecidos por toda una vida de trabajo.

Don Manuel estaba vinculado a nuestra Asociación casi desde sus inicios. Leyó la ponencia inaugural del II Congreso, en Sevilla, ante los Reyes. Fue Vicepresidente primero muchos años, hasta que, tras encargarse provisionalmente de la presidencia al morir Emilio Alarcos, la Asamblea de socios lo eligió para tal puesto, prácticamente por aclamación, en el último Congreso, en Valencia. Fue un Presidente entrañable: con la

coquetería de la vejez dejaba que los "curritos" de a pie le expusiéramos los problemas de la vida tan precaria de la Asociación y las ideas que se nos ocurrían para darle alas; nos oía con atención y con una sonrisa ligeramente escéptica ("si sabré yo lo que estos mozalbetes me dicen..."), y siempre acababa con palabras de concordia y de ánimo para la buena marcha de nuestra Sociedad. De nuestra, ¡ay!, tan corta relación como Presidente y Secretario, guardo un gratísimo recuerdo.

En nombre de la Asociación quiero transmitir a Elena y a sus hijos el sentir unánime de todos los socios, de dolor y de solidaridad. Pero también nosotros, todos nosotros, hemos perdido mucho en este mes de agosto.

UNA LECCION DE DIALECTOLOGÍA

Juan M. Lope Blanch

Hace años, con motivo de una reunión filológica celebrada en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, paseábamos Manuel Alvar y yo por las calles de esa ciudad cuando tuvimos necesidad de solicitar alguna orientación para continuar debidamente nuestro camino. Hicimos las preguntas necesarias a un muchachito de unos 13 o 14 años, quien nos dio respuestas adecuadas y precisas. Cuando le dábamos las gracias y nos despedíamos de él, nuestro joven orientador nos preguntó: "Los señores (o acaso dijera "doctores") son españoles ¿verdad?".- "Sí (respondió Alvar); ¿cómo lo has sabido?".- "Por el dialecto" (explicó con toda naturalidad el muchacho). Nos miramos Manolo y yo, sonriendo. ¡Qué buena lección de dialectología hispánica nos ha dado el niño ¿no, Manolo? El castellano dialecto de Alvar y el mexicano-castellano mío daban base suficiente al muchacho para diferenciarnos del dialecto bogotano suyo. Que, como ya parece ser que va admitiéndose, el castellano no es sino uno de los numerosísimos dialectos de la lengua española, como el mexicano, el bogotano, el andaluz, el canario, el chileno, etc. etc.

EL PROFESOR ALVAR

M^a Teresa Echenique
(Universitat de València)

Corría el año de 1973. En la Universidad Complutense de Madrid, al comenzar el curso, los alumnos inquiríamos con cierta vehemencia el nombre de nuestros profesores. Eran otros tiempos, desde luego. Las facultades se vestían diariamente de carteles subversivos y en cualquier momento podía sonar la voz de alarma con el consiguiente revuelo y, por qué no reconocerlo, un atisbo de temor y hasta miedo en los corazones. Pero, al margen de esta circunstancia, o quién sabe si estrechamente vinculado a ella, lo cierto es que no había alumno que entrase en el aula sin antes haber preguntado el nombre del profesor; ser universitario o, al menos, sentirse universitario, requería saber qué maestros iban a impartir las asignaturas.

En la especialidad de Filología Hispánica figuraba con carácter optativo la asignatura de Geografía lingüística y, en el mes de octubre de 1973, los alumnos que la habíamos elegido sabíamos que el profesor era D. Manuel Alvar ("es catedrático desde los 25 años", "va a dar clases a la Sorbona todas las semanas"). En la Complutense, en aquella época, las clases empezaban a las nueve menos cuarto, pero D. Manuel Alvar,

que viajaba cada semana (o casi) a París a impartir enseñanzas en la Sorbona, concentraba escrupulosamente sus clases en lunes y miércoles, ampliando el tiempo con precisión de maestro.

A las ocho y media, pues, comenzaban las clases de hora y media. Nunca conseguí llegar antes que él ni alcancé a verle entrar: al llegar los alumnos él ya estaba sentado en su mesa de profesor del Seminario 7c de la Facultad, dispuesto a la tarea y solícito para con sus afanes. Las notas ordenadas sobre la mesa, nos anunciaba el tema que iba a explicar: con gravedad y rigor comenzaba el abordaje sistemático de los grandes problemas de la Geografía lingüística. Nos habla de Wenker, de Jud y Jaberg, de Gilliéron y sus preciosos mapas sobre la abeja en el ALF, de Ascoli y el nacimiento de la Dialectología, del progreso metodológico en la encuesta dialectal, salpicado todo ello de ejemplos románicos que abarcaban desde nuestra área lateral de Occidente hasta el área rumana, mundo que se nos antojaba mágico por lo lejano, pero D. Manuel sabía hacer próximo, lateral románica por el Oriente. No faltaban referencias a lo sucedido en área vasca, que a mí me devolvían a mis orígenes. Cada afirmación iba avalada por la bibliografía (abrumadora) pertinente y el universo teórico construido era para el alumno materia ingente de estudio a la par que síntesis preciosa del saber acumulado por el Profesor en el tiempo y en el quehacer.

Pero, conforme avanzaba la hora y la misión informativa se veía garantizada, D. Manuel bajaba de pronto de las alturas impersonales de la ciencia lingüística y recalaba en la realidad que tenía frente a sí. Nos contemplaba con una fijeza no exenta de curiosidad y la necesidad imperiosa de conocer nuestras respectivas procedencias. Ello era bien explicable. No sólo nos sentábamos unos junto a otros alumnos provenientes de los puntos más dispares de la península o las Islas, sino también extranjeros deseosos de llenar sus conocimientos y su currículum con el prestigio del Profesor Alvar. Allí estaba Orlando Alba, de Santo Domingo, Ndongo Nchama, de Guinea, y tantos otros.

Llegado este momento, D. Manuel se lamentaba de habernos ofrecido un material de trabajo concienzudo y abigarrado (aunque ya era tarde, pues los apuntes del día habían experimentado un crecimiento considerable), y, uno a uno, iba haciéndonos reflexionar sobre la realidad hasta entonces ignorada de nuestra propia habla, de tal manera que cada cual aprendía a escucharse a sí mismo y a los demás gracias a las observaciones oportunas que el maestro, infatigable viajero y dialectólogo empedernido, le iba señalando: "pero hombre, ¿no se ha dado Vd. Cuenta de que pronuncia una [f] bilabial?, o "la aspiración de esa [s] implosiva no llega 20 kms. más allá de su pueblo, ¿verdad que no?", "si usa Vd. el verbo encetar, pues tiene Vd. que ser de Palencia", "con esa [c] adherente casi seguro que es Vd. canario"...Se producía entonces el encantamiento: el profesor distante por su estatuto y su trayectoria académica se volvía cercano y comunicativo en la proximidad del aula convertida en laboratorio dialectal, a todo lo cual ayudaba sobremanera un cierto tono campechano y hasta socarrón que D. Manuel le confería y que funcionaba a las mil maravillas como estrategia de comunicación: el alumno recuperaba su personalidad (apabullada antes por su papel diminuto ante el gigantesco profesor) y sentía que la Geografía lingüística era su casa. El sentimiento debía ser recíproco, pues D. Manuel nos contaba entonces aventuras de lo que él llamaba "la otra Dialectología", la que no está en los libros (aquel día en que, en uno de los rincones del ALEA, les dieron a comer, a él y a sus colaboradores, un ave cuyas alas no aparecían por ninguna parte, ¡oh, sospecha!), o nos ilustraba gráficamente la metodología de Wörter und Sachen con la descripción minuciosa de los diferentes tipos de almohada y sus implicaciones culturales: desde el rodillo francés, tan ingrato, o el cuadrante alemán, a la maravillosa almohada de la casa propia, todo ello acompañado

de la sabiduría no aprendida en el libro, sino en la vida personal hecha Geografía lingüística.

Nos anunciaba también que no habría examen final entendido al modo tradicional, y nos ofrecía varias posibilidades de hacer un trabajo propio. La idea de aprender a comentar una lámina de un Atlas lingüístico nos parecía fascinante y solía convertirse en la opción más aceptada. No hace falta decir que por aquel entonces D. Manuel rezumaba satisfacción (a pesar de la mucha dificultad) por haber concluido la magna empresa de levantar topográficamente la riquísima variedad, a la par que cohesión, de las hablas andaluzas, desafío casi imposible de vencer por el dialectólogo a primera vista. Hoy, el sosiego con el que miramos a los Atlas dirigidos por él (no sólo el ALEA), nos devuelve la imagen, compleja pero también de fácil contemplación, de esta materia dialectal tan estructurada por la labor del maestro, pero entonces nada parecía tan sencillo, aunque ya se iban entreviendo los frutos de la labor (tal como Julio Caro Baroja nos contó con ilustración el día en que D. Manuel nos lo trajo a clase para que los alumnos lo viéramos de cerca).

Claro, había que elaborar un trabajo y ofrecerlo en forma presentable. Lejos de dejar al alumno abandonado a su propia ignorancia, D. Manuel utilizaba esta circunstancia como excusa para explicarnos cómo debe disponerse un trabajo científico, lo cual constituía antesala apropiada a la preparación de un texto para la imprenta. De paso, contaba cómo en tal o cuál ocasión se había visto obligado a reformar un artículo por razones de espacio, o nos explicaba que, sin más contemplaciones, se lo devolvían solicitando que el texto se redujera a la mitad. En fin, aprendíamos también lo que la vida nos ha deparado después y conocemos etiquetado como "exigencias editoriales".

Llegaba el fin de curso. Cada uno de nosotros se había empapado de la doctrina gruesa de la Dialectología, había adquirido los conocimientos más nuevos y recibido una actualización precisa de problemas y métodos. Sabía ya reconocer las características de su propia habla y la de sus heterogéneos compañeros, había aplicado todo ello concienzudamente en el trabajo que entregaba ahora al profesor para ser valorado. El alumno creía terminada su tarea. El maestro, en cambio, dedicaba entonces un tiempo minucioso a la lectura de los trabajos, iba anotando todo cuanto nuestro esfuerzo allí plasmado le sugería. Pero había aún más: nos citaría uno a uno para dedicarnos su preciado tiempo e ir haciendo una valoración personal e individualizada de nuestro rendimiento.

Hoy, diecisiete años después, no sólo hay en mí admiración y gratitud de alumna que tuvo la fortuna de ir cimentando sólidamente el campo dialectal. Desde luego que la hay y qué duda cabe de que su magisterio ha sido soporte valiosísimo en mi andadura académica; también es ésta ocasión de recordar con gratitud, por otra parte, su apoyo real en momentos vitales nada fáciles. Pero además de todo ello, que es ya mucho, de aquellas clases extraje la enseñanza de que el deber se puede cumplir con tranquilidad, que nada es más natural a todo maestro que ir puntualmente al aula cada día a transmitir cuanto el tiempo y el saber han ido sedimentando en su personalidad académica. Gracias, D. Manuel, por ese comportamiento ejemplar en su sencillez y en su grandiosidad.

Hoy es 27 de octubre de 2001. He pensado que la mejor manera de honrar la memoria de nuestro Presidente y del colega amigo que hemos perdido en este trágico año es reproducir el texto que leí con motivo del Premio a la labor investigadora otorgado por la Generalitat Valenciana en 1990. Desde aquel año me (nos) hemos sentido regalados con su amistad generosa, también con la de Elena. Entonces acudió a Valencia acompañado por ella, como siempre. A Elena, muy especialmente, quiere ir dirigido este recuerdo.